

Psychosocial Intervention
ISSN: 1132-0559
pi@cop.es
Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid
España

HERCE, Cristina; ACHÚCARRO, Cristina; GOROSTIAGA, Arantxa; TORRES GÓMEZ DE CÁDIZ, Bárbara; BALLUERKA, Nekane
La integración del menor en la familia de acogida: factores facilitadores
Psychosocial Intervention, vol. 12, núm. 2, 2003, pp. 163-177
Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid
Madrid, España

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=179818034004

Cómo citar el artículo
Número completo
Más información del artículo
Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Intervención Psicosocial, 2003, Vol. 12 N.° 2- Págs. 163-177

INVESTIGACIONES APLICADAS

La integración del menor en la familia de acogida: factores facilitadores

Children adjustment to foster families: facilitating factors

Cristina HERCE*
Cristina ACHÚCARRO*
Arantxa GOROSTIAGA**
Bárbara TORRES GÓMEZ DE CÁDIZ*
Nekane BALLUERKA**

Fecha de Recepción: 22-02-2002 Fecha de Aceptación: 22-07-2003

RESUMEN

En el presente artículo se exponen los resultados de una investigación llevada a cabo con 68 familias acogedoras y 93 menores acogidos de la Comunidad Autónoma del País Vasco. El objetivo radica en analizar el nivel de integración de los menores en las familias de acogida como un indicador de éxito del acogimiento familiar, y como un fenómeno determinado por variables de distinta naturaleza, a saber, relacionadas con la actitud y estructura de la familia acogedora, asociadas a el menor acogido, y ligadas al tipo de acogimiento. Los principales resultados muestran que en la integración del menor influyen de forma positiva los siguientes factores: que la familia acogedora acepte y respete la vinculación del menor con su familia de origen y tenga como principal motivación el deseo de realizar un acto de solidaridad; que el menor preferiblemente inicie el acogimiento antes de los siete años, y que éste pueda establecer un vínculo de apego seguro con los acogedores. Los datos también apuntan a una mejor integración de los menores acogidos en familia ajena respecto a los acogidos en familia extensa. En la discusión se abordan las implicaciones que se derivan de estos resultados para mejorar las líneas de intervención en el acogimiento familiar que desarrollan las instituciones competentes en dicha materia.

PALABRAS CLAVE

Acogimiento familiar, Nivel de integración, Indicadores de éxito

* Centro LAUKA de Estudios e Intervención Familiar y Comunitaria
** Departamento de Psicología Social y Metodología de las Ciencias del Comportamiento. Facultad de Psicología Universidad del País Vasco

ABSTRACT

The results of a study carried out with 68 foster care families and 93 foster cared children in the Basque Country Community are shown in this article. The objective is to analyse the children's level of adjustment to the foster care families as an indicator of the success of their fostering and as a phenomenon determined by variables of different nature such as the attitude and structure of the foster family, the characteristics of the fostered child, and the type of fostering. The main results show that the following factors have a positive influence on the children's: that the foster family acceptance and respectto the link between the child and his birth family; the foster family's main motivation of carriving out an act of solidarity; and the fostering start before the child is aged seven, so that he can establish a safe attachment to his foster parents. The results also show a better adjustment when the children are fostered in non extended families. The main implications derived from these results are discussed to improve the family foster care intervention developed by the responsible institutions.

KEY WORDS

Family foster care, Level of adjustment, Indicators of success.

INTRODUCCIÓN

La consolidación del acogimiento familiar como medida efectiva de protección a la infancia en nuestro país data de finales de los años 80. Desde entonces, el trabajo directo con el menor, su familia biológica, y su familia acogedora, ha permitido a los profesionales tomar conciencia de numerosos factores ligados al éxito o fracaso de esta medida. Sin embargo, como señalan Altshuler y Gleeson (1999), las evaluaciones respecto al éxito del acogimiento familiar se han focalizado mayoritariamente en la seguridad y protección de los menores así como en el tiempo de permanencia de éstos en el acogimiento, sin que se haya progresado suficientemente en la incorporación de medidas sistemáticas sobre su bienestar. En este sentido, algunos autores han enfatizado la importancia de la integración del menor en la familia de acogida como un indicador de su bienestar y, por tanto, del éxito o fracaso de dicha medida (Fanshel y Shinn, 1978; George, 1970). Además, en muchos casos, una buena integración permitiría reducir los continuos cambios de los menores de un acogimiento a otro que, como han señalado diversos autores, repercuten de manera muy negativa en el desarrollo evolutivo

de los mismos (Doelling y Johnson, 1989; Webster, Barth y Needell, 2000).

Un primer aspecto que llama la atención a este respecto es la escasez de trabajos de investigación empírica que ofrezcan datos precisos acerca de la integración de los menores en las familias de acogida. La justificación de este hecho puede encontrarse, además de en la escasa atención prestada a la valoración del bienestar de los menores en acogimiento a la que se ha aludido anteriormente, en la tendencia imperante que considera el acogimiento familiar como un recurso transitorio hasta lograr la reunificación familiar. Así, Minty (1999) señala que la forma más común de acogimiento familiar en EEUU y Gran Bretaña es la temporal, con una duración inferior a 3 meses. Sin embargo, en nuestro ámbito de trabajo, la mayor parte de los acogimientos son permanentes o se convierten en permanentes a lo largo del tiempo. Además, el porcentaje de menores que pueden volver con sus familias tras su salida del hogar es bajo; y no es raro que quienes han retornado a sus familias de origen deban salir de nuevo de ellas para reiniciar un acogimiento familiar (Rzepnicki, 1987; Minty,1999). La larga duración del acogimiento en la mayor parte de los casos hace que el estudio de aquellos factores que influyen en la integración de los menores en las familias de acogida y, por tanto, en el éxito o fracaso del acogimiento, cobre una importancia sustancial.

La medición y el análisis de esta variable constituye una tarea compleja por la existencia de múltiples sistemas humanos interrelacionados (familia biológica, familia acogedora, menor, Servicios de Protección Infantil, etc.), por la presencia de diversos traumas en algunos de sus miembros, y por la escasez de instrumentos con los que evaluar dicha variable. No obstante resulta posible inferir datos acerca de esta cuestión a partir de los numerosos estudios que se han focalizado en la evaluación del éxito o fracaso de la medida de acogimiento familiar. En función del método elegido para evaluar el éxito o fracaso del acogimiento familiar podemos clasificar los estudios en tres grupos. Un primer grupo lo valora principalmente en función de la duración del acogimiento, o de su interrupción prematura (Walsh y Walsh, 1990; Dore y Eisner, 1993; Beatty, 1996). Siguiendo estos criterios el éxito sería proporcional al tiempo de permanencia del menor en la familia; por el contrario, las rupturas no planificadas del acogimiento serían indicativas del fracaso de dicha medida. Sin embargo, la experiencia muestra que la permanencia por sí sola no es garantía de una buena integración ni permite concluir que la medida de acogimiento familiar esté siendo un éxito (Minty 1999; Doelling y Johnson, 1989). A fin de valorar la integración de los menores en las familias de acogida resulta necesario primar otro tipo de variables directamente ligadas a la relación que se establece entre el menor y la familia acogedora y a la calidad de los cuidados que reciben los menores, tales como el afecto que dispensan los acogedores a los menores, el mantenimiento de expectativas realistas, la cantidad de tiempo que dedican a los menores, etc. (Doelling y Johnson, 1989).

Un segundo grupo de estudios ha analizado el éxito o fracaso del acogimiento familiar examinando la adaptación individual, familiar y social de adultos que siendo menores permanecieron en régimen de acogimiento familiar (Dumaret y Coppel-Batsch, 1997; Bueler, Orme, Post y Patterson, 2000; Cook-Fong, 2000).

Finalmente, un tercer grupo de estudios ha analizado esta cuestión valorando el progreso alcanzado en el desarrollo evolutivo de los menores a lo largo del tiempo que han permanecido acogidos (Whiting, 1998; Palmer, 1998; Jones,

1999; Gries, Goh, Andrews, Gilbert, Praver y Stelzer, 2000; McAuley, 2000).

Todos estos estudios han examinado la importancia de numerosas variables ligadas al éxito de la medida de acogimiento familiar. Si se asume que para que pueda considerarse que un acogimiento familiar ha tenido éxito es condición necesaria, aunque no suficiente, que se haya logrado una buena integración del menor en la familia de acogida, es posible extraer, a partir de estos estudios, información relevante sobre la variable que nos ocupa, a saber, la integración de los menores en las familias de acogida. Así, las variables estudiadas pueden agruparse del siguiente modo:

1. *Variables relacionadas con el menor acogido*

- Variables sociodemográficas. A este respecto, la edad aparece como una variable clave, de tal forma que cuanto más joven es el/la niño/a al inicio del acogimiento, mayor probabilidad existe de que el acogimiento se mantenga (Walsh y Walsh, 1990; Whiting, 1998; Minty, 1999; Ferrá, Carballo, Guerra, Panades, Rosello y Vaño 2000). Respecto al género de los menores, los resultados son menos consistentes; aunque algunos estudios sí han señalado que las chicas se adaptan más fácilmente que los chicos (McQuaid, 1995; Beatty, 1996).
- Variables ligadas a la historia personal del menor acogido. Se ha analizado el tipo de maltrato sufrido en sus familias (Whiting, 1998; Palmer, 1998); el tipo de vínculo de apego establecido con sus progenitores (Palmer, 1998); y que el menor haya dado o no su consentimiento al acogimiento familiar (Beatty, 1996). Walsh y Walsh (1990) encontraron que el hecho de haber permanecido acogido una o más veces en una Institución era el factor predictor más potente de la ruptura de los acogimientos familiares.
- Variables relacionadas con la personalidad y el tipo de comportamiento del menor acogido. Algunos estudios indican un peor ajuste por parte de los menores que se muestran más agresivos, y que sacan su malestar hacia el exterior, frente a los que dirigen su malestar y agresividad hacia sí mismos (Beatty, 1996; McQuaid, 1995). De igual forma, Walsh y Walsh (1990) señalan como factores negativos, la incapacidad para afrontar el éxito, el miedo a la intimidad, el estar necesitado de afecto y tener un comportamiento pasivo-agresivo; y como indicadores positivos, el hecho de tener buenas habilidades sociales y/o atléticas, musicales o similares. Otros autores han señalado, en esta misma línea, la existencia de una fuerte asociación entre la estabilidad del acogimiento y dimensiones de la personalidad, tales como la tolerancia a la intimidad, la impulsividad, el miedo al rechazo, la agresividad y la autoestima (Dore y Eisner, 1993).

2. Variables relacionadas con la familia acogedora

Walsh y Walsh (1990) encontraron una fuerte asociación entre la estabilidad de los acogimientos y diversas características de la familia acogedora. En concreto, señalaron que había dos factores que contribuían de forma significativa y positiva al nivel de funcionamiento general del menor acogido: la capacidad de la familia acogedora para tolerar aspectos de la vida del menor que éste todavía no

ha podido elaborar e integrar de forma adecuada, tales como la retención simbólica de sus propios padres; y el hecho de que la motivación de los acogedores para acoger al menor fuese su atracción por los menores y sus sentimientos de cercanía hacia la gente joven. Finalmente, estos autores señalaron que las variables que reflejan el estilo y la personalidad de los acogedores estaban más intensamente asociadas al nivel de funcionamiento general de las familias acogedoras que las variables de tipo sociodemográfico o estructural.

Otros autores han destacado la importancia de que exista un buen emparejamiento entre el temperamento de los menores y el de las familias acogedoras (Green, Braley y Kisor, 1996). Se ha analizado también la influencia de la existencia o no de parentesco familiar entre el menor acogido y la familia acogedora, observándose ciertas ventajas en los acogimientos en familia extensa respecto a los acogidos en familias ajenas (Flynn, 1995; Jones, 1999; Iglehart, 1994). A su vez, la percepción de una relación cálida entre los acogedores y el menor se halla intensamente asociada a la satisfacción con el acogimiento, tanto por parte de los menores como por parte de los acogedores (McQuaid, 1995).

3. Variables relacionadas con la familia biológica

Walsh y Walsh (1990) señalaron que la ausencia de contacto entre el menor acogido y su padre, no así en el caso de la madre, se asociaba con una mayor probabilidad de mantener la situación de acogimiento.

Partiendo de las consideraciones que se acaban de exponer, el objetivo del presente estudio consistió en examinar la asociación existente entre el nivel de integración del menor en la familia de acogida y diversas variables referidas tanto a la familia acogedora, como al menor acogido y a la naturaleza del acogimiento. Cabe señalar que los resultados que aquí se presentan forman parte de una investigación más amplia cuyos objetivos generales consistían en identificar las variables que permiten predecir un adecuado funcionamiento del acogimiento familiar, así como analizar la competencia socioemocional de los menores acogidos.

PARTICIPANTES

Para el presente estudio se ha contado con la participación de 68 familias acogedoras y 93 menores (45 varones y 48 mujeres), con edades comprendidas entre los 7 y los 18 años. Todos ellos estaban acogidos por familias de la Comunidad Autónoma del País Vasco, las cuales participaron de forma voluntaria en la investigación.

INSTRUMENTOS DE MEDIDA

— **Inventario acerca del nivel de Integración del Menor en la Familia de Acogida (IMFA).** Dada la ausencia de instrumentos específicos para medir la integración del menor en la familia de acogida, el equipo de investigación elaboró un inventario destinado a tal fin. Un análisis preliminar de las características psicométricas del IMFA puso de manifiesto que el inventario posee una adecuada fiabilidad y validez. (Balluerka, Gorostiaga, Herce y Rivero, 2002). Se redactaron un total de 48 ítems, seis de ellos pretendían examinar la sinceridad del menor al responder al instrumento y configuraron la subescala de Deseabilidad social. El resto de los ítems preguntaban acerca de diferentes aspectos que reflejan el

nivel de integración de un/a niño/a en la familia con la que convive. En concreto, un análisis de la dimensionalidad del inventario puso de manifiesto que éste mide tres dimensiones de la integración, a saber: "Aceptación de la relación del menor con su familia biológica, por parte de la familia acogedora" (dimensión 1); " Vinculación afectiva del menor con la familia acogedora" (dimensión 2); y "Relaciones existentes entre la familia biológica y acogedora del menor" (dimensión 3). El formato de respuesta se ha adaptado a una escala tipo Likert con cuatro alternativas: 1.- Nunca; 2.- Pocas veces; 3.- Muchas veces; 4.-Siempre.

— **Protocolo "ad-hoc" de datos sociodemográficos y técnicos sobre aspectos ligados al acogimiento familiar.** Se elaboró un protocolo estructurado para recoger información sociodemográfica sobre cada menor y su familia acogedora, así como para recabar datos acerca de la historia de desprotección del menor y de las características de su acogimiento familiar con relación a una serie de aspectos relevantes. Este protocolo fue cumplimentado por el profesional responsable del seguimiento del caso.

— **Versión española de Diaz-Aguado y Martínez (1995) de la escala original de Pierre -Harris (1969).** Se trata de una escala de 80 ítems con un formato de respuesta dicotómico (SI/NO) que permite obtener una puntuación global en autoconcepto y en seis dimensiones concretas: conductual, intelectual, físico, falta de ansiedad, popularidad y felicidad-satisfacción. Para su aplicación con los menores de siete años, se adaptó la redacción de los ítems de forma que pudiera ser cumplimentada por el adulto de la familia acogedora que mejor conociese al menor.

— **Escala de apego de López, Cantero y Lázaro (1997).** Esta escala consta de 58 ítems y mide los vínculos de apego que el menor establece con cada uno de sus progenitores. Para el presente estudio, se adaptó la redacción de los ítems a la situación concreta de acogimiento y se modificó la opción de respuesta de escala tipo Likert, ampliándola de tres a cuatro alternativas: 1.- Nunca es verdad, 2.- Pocas veces es verdad, 3.- Muchas veces es verdad, 4.- Siempre es verdad. Se ha administrado a menores con edades comprendidas entre los 7 y los 11 años.

— **Cuestionario de Relaciones (CR) (Griffin y Bartholomew, 1994).** Se trata de un instrumento de autoinforme que permite medir el grado de identificación del menor con alguno de los patrones de apego (seguro, temeroso, preocupado y rechazante) descritos en los cuatro párrafos que contiene el instrumento. Se ha utilizado para la medición del apego en los menores de edad igual o superior a los 12 años.

PROCEDIMIENTO

Como se ha señalado anteriormente, los datos del presente estudio se enmarcan dentro de una investigación más amplia cuyos objetivos generales eran la identificación de las variables que permiten predecir un adecuado funcionamiento del acogimiento familiar, así como el análisis de la competencia socioemocional de los menores acogidos. Los sujetos participantes se encontraban acogidos en familias de la Comunidad Autónoma del País Vasco. La cola-

boración de los técnicos de acogimiento de las instituciones responsables de su tutela, permitió el acceso a las familias y a los datos sociodemográficos, tanto de las familias como de los menores. La administración de las pruebas se realizó a través de profesionales previamente formados en las pautas a seguir para la correcta aplicación de las pruebas en el domicilio de las familias acogedoras, así como para favorecer la colaboración de los sujetos.

RESULTADOS

Dado que, como ya se ha señalado, el acogimiento familiar constituye una medida de protección influida por numerosos sistemas de naturaleza diferente (familia natural, menor, familia acogedora, instituciones y organismos en contacto con las familias, etc.), la integración de los menores en las familias está condicionada por factores relativos a todos estos sistemas interrelacionados, siendo el peso específico de cada uno de ellos distinto en función de su mayor o menor relevancia en cada caso particular.

En el presente estudio se ha analizado la importancia que tienen, para el nivel de integración del menor, un conjunto de variables que pueden agruparse en tres categorías: 1) variables asociadas a la estructura de la familia acogedora y a su actitud hacia el acogimiento; 2) variables ligadas al menor acogido; 3) variables relacionadas con el tipo de acogimiento. La relación existente entre dichas variables y el nivel de integración de los menores ha sido examinada mediante pruebas paramétricas (t de Student) en los casos en los que se cumplían los supuestos para la aplicación de tales pruebas, y mediante pruebas no paramétricas (U de Mann-Whitney y test de Kruskal-Wallis) cuando no se cumplían tales requerimientos.

1) *Relación entre la estructura de la familia acogedora y su actitud hacia el acogimiento y el nivel de integración del menor.* Una primera variable estudiada fue el *número de hijos propios* de la familia acogedora, distinguiéndose dos categorías: familias sin hijos o con un solo hijo propio y familias con más de un hijo propio. Los contrastes t de diferencias de medias entre los niveles de integración de los menores acogidos en familias sin hijos o con un único hijo (n= 48) y los acogidos en familias con más de un hijo (n= 42), resultaron estadísticamente significativos en el caso de la primera ($t(88) = 2,5$, $p< 0,01$) y tercera ($t(88) = 2,00$, $p< 0,05$) dimensión del IMFA. Así, los niños acogidos en familias sin hijos o con un único hijo presentaron puntuaciones medias en ambas dimensiones [dimensión 1:$\overline{X}$ = 63,47, SD = 8,23; dimensión 3: $\overline{X}$ = 24,09, SD = 3,41] muy superiores a las de los menores acogidos por familias con más de un hijo propio [dimensión 1:$\overline{X}$ = 58,14, SD = 8,39; dimensión 3: $\overline{X}$ = 21,96, SD = 4,84], indicando que perciben un mayor respeto por parte de su familia acogedora hacia su relación y sentimientos por su familia biológica, y una mejor relación entre sus respectivas familias biológica y acogedora.

En segundo lugar, se examinó la influencia que ejerce la condición de *familia monoparental o biparental* en la integración de los menores acogidos. Para ello, se realizó un contraste t de diferencia de medias, encontrándose diferencias estadísticamente significativas ($t(40) = 3,06$, $p< 0,05$) respecto a la segunda dimensión del IMFA, "Vinculación afectiva del menor con la familia acogedora". Tales diferencias pusieron de manifiesto que los menores acogidos por familias monoparentales (n=22) expresaban más sentimientos de pertenencia, seguridad e identidad familiar ($\overline{X}$ = 55,40, SD = 4,52) que los acogidos por familias biparentales (n= 68) ($\overline{X}$ = 50,53, SD = 7,42).

Otra de las variables estudiadas dentro de este grupo fue la *edad de los acogedores al inicio del acogimiento,* estableciéndose dos niveles: acogedores con una edad inferior a los 50 años y acogedores con una edad igual o superior a los 50 años. Se llevaron a cabo análisis independientes en función del género de los acogedores. En este caso, se observaron diferencias estadísticamente significativas respecto a la percepción que mantenían los menores acogidos por ambos tipos de familias sobre las relaciones de sus familias acogedoras con sus progenitores (dimensión 3 del IMFA), siendo constante este resultado tanto en los análisis realizados con la acogedora como con el acogedor. La comparación entre los promedios de los rangos de las puntuaciones presentadas en la tercera dimensión del IMFA por los menores acogidos por sujetos pertenecientes a los dos niveles de edad, llevada a cabo mediante la U de Mann-Whitney (U de Mann-Whitney acogedor = 63,50, $p< 0,05$; U de Mann-Whitney acogedora = 82, $p< 0,05$), puso de manifiesto que los menores que son acogidos por personas con una edad inferior a los 50 años cuando se formaliza el acogimiento, perciben de forma más positiva las relaciones existentes entre sus respectivas familias biológica y acogedora ($\overline{X}$ acogedor = 20,24; $\overline{X}$ acogedora = 24,66), que los menores acogidos por personas de más de 50 años ($\overline{X}$ acogedor = 11,77; $\overline{X}$ acogedora = 14,11).

Otra de las cuestiones examinadas dentro de este grupo fue la influencia del *tipo de motivación* que había impulsado a la familia acogedora a acoger a un menor, en la posterior integración de éste. En concreto, se examinaron seis razones diferentes: adopción, solidaridad, llenar un vacío emocional, existencia o no de vínculos previos familiares, evitar otra medida de protección y sentirse obligados a ello. El análisis realizado mediante la prueba de Kruskal-Wallis puso de manifiesto la existencia de diferencias estadísticamente significativas en los promedios de los rangos de las puntuaciones presentadas por los menores acogidos en familias con distintas motivaciones, en la primera dimensión del IMFA (χ^2 (6)= 7,12, $p< 0,05$). Sin embargo, sólo se obtuvieron diferencias estadísticamente significativas entre el nivel de integración de los/as niños/as cuyas familias habían decidido acogerles por solidarizarse con su situación (n=12) y el de los menores que estaban acogidos por familias cuya principal motivación radicaba en la existencia de vínculos familiares con ellos (n=14). En concreto, la comparación entre los promedios de los rangos de las puntuaciones obtenidas en la primera dimensión del IMFA por los niños acogidos en los dos grupos de familias citados, llevada a cabo mediante la prueba de Tukey-Kramer, puso de manifiesto que cuando la familia había decidido iniciar el acogimiento por solidarizarse con la situación del niño, éste sentía que dicha familia aceptaba en mayor medida la relación que él mantenía con su familia biológica, que cuando la razón para iniciar el acogimiento había sido la de mantener vínculos familiares con el menor ($p< 0,05$). Finalmente, cabe señalar que con relación a la tercera de las dimensiones - "Relaciones existentes entre la familia biológica y acogedora del menor"- los datos apuntaban la misma tendencia, aunque sin alcanzar significación estadística.

Por último, dentro de este grupo se analizó la influencia que ejerce la *actitud (aceptación/rechazo) de la familia acogedora hacia la familia biológica* sobre el nivel de integración alcanzado por los menores acogidos, siendo esta variable valorada por los profesionales que trabajaban con cada uno de los casos. Los contrastes t de diferencias de medias entre los niveles de integración de los menores acogidos por familias que aceptaban (n= 22) o rechazaban (n= 39) a la familia biológica, resultaron estadística-

mente significativos con relación a las tres dimensiones del instrumento [dimensión 1: t(59) = -2,07, p< 0,05; dimensión 2: t(59) = -1,80, p< 0,05; dimensión 3: t(59) = -2,43, p< 0,05]. Así, los menores acogidos por familias que aceptaban a sus familias biológicas obtuvieron puntuaciones medias en las dimensiones que configuran el IMFA [dimensión 1: $\overline{X}$ = 63,99, SD = 8,39; dimensión 2: $\overline{X}$ = 53,86, SD = 5,41; dimensión 3: $\overline{X}$ = 24,77, SD = 3,26], muy superiores a las de los menores que se encontraban acogidos por familias que mostraban rechazo, abierto o encubierto, hacia las familias biológicas [dimensión 1: $\overline{X}$ = 59,26, SD = 8,46; dimensión 2: $\overline{X}$ $\overline{X}$= 50,52, SD = 7,70; dimensión 3: $\overline{X}$ = 22,13, SD = 4,48].

2. *Variables ligadas al menor acogido:* una primera variable analizada dentro de este segundo grupo fue la *edad del menor al comienzo del acogimiento*. Para ello, se formaron dos grupos de menores: aquéllos que habían sido acogidos antes de los siete años (n= 42), y los que habían comenzado su acogimiento a partir de dicha edad (n= 48). Los contrastes t de diferencias de medias resultaron estadísticamente significativos en el caso de la tercera dimensión del IMFA (t(88) = 2,93, p< 0,05), indicando que los menores que inician su acogimiento antes de los siete años tienen una percepción más positiva de las relaciones que mantiene su familia acogedora con su familia biológica. Así, estos menores obtuvieron puntuaciones medias en dicha dimensión ($\overline{X}$ = 24,46, SD = 3,30), superiores a las de aquéllos que habían sido acogidos con una edad superior o igual a los 8 años ($\overline{X}$ = 21,08, SD = 4,86).

Por otro lado, se analizó la influencia que ejerce sobre el nivel de integración el *vínculo de apego que el menor acogido establece con la familia de acogida*. Respecto a esta variable se establecieron dos niveles: menores con un apego seguro y menores con un apego inseguro. Asimismo, se utilizaron dos instrumentos para la medición del apego, la Escala de Apego de López et al. (1997), para la evaluación del apego en los menores con edades comprendidas entre los 7 y los 11 años y el Cuestionario de Relaciones (CR) (Griffin y Bartholomew, 1994) para la medición de dicha variable en los menores con edades superiores a los 11 años. El primero de tales instrumentos consta de una versión referida a la acogedora y una versión referida al acogedor. Respecto a los menores de edades comprendidas entre los 7 y 11 años de edad, se estableció un grupo de apego seguro constituido por 23 menores con puntuaciones por encima del percentil 60 ($\overline{X}$ y SD en apego 208,15 y 6,47, respectivamente), y un grupo de apego inseguro, constituido por 26 menores con valores por debajo del percentil 40 ($\overline{X}$ y SD en apego 176,56 y 9,89, respectivamente) en la escala de López et al. (1997). En la versión referida a la acogedora, el contraste t de diferencia de medias puso de manifiesto la existencia de una diferencia estadísticamente significativa (t(47)= 4,71, p< 0.01) entre ambos grupos con relación a la segunda dimensión del IMFA relativa al desarrollo de sentimientos de vinculación afectiva del menor con su familia acogedora. Así, los menores que establecieron un vínculo de apego seguro con la acogedora obtuvieron una puntuación media en dicha dimensión ($\overline{X}$ = 55,30, SD = 4,16), muy superior a la de los menores que no lograron establecer ese tipo de vínculo ($\overline{X}$ = 46,83, SD = 6,74). Con relación al acogedor, las diferencias no fueron estadísticamente significativas, aunque indicaban una tendencia similar.

En el caso de los/as niños/as mayores de 12 años, el grupo de apego seguro estaba constituido por 12 sujetos, mientras que el de apego inseguro lo formaban 21 menores, resultantes de la agrupación de los menores que presentaron los patrones de apego preocupado, teme-

roso y rechazante delimitados por el Cuestionario de Relaciones (CR). Nuevamente, la comparación entre los promedios de los rangos de las puntuaciones obtenidas por estos dos grupos en la segunda dimensión del IMFA, llevada a cabo mediante la U de Mann-Whitney (U de Mann-Whitney = 75, $p < 0,05$), puso de manifiesto que los menores que establecieron un vínculo de apego seguro con los acogedores alcanzaron un rango promedio ($\overline{X}$ = 21,25) en dicha dimensión, superior al de los menores que no establecieron ese tipo de vínculo ($\overline{X}$ = 14,57).

Finalmente, dentro de este apartado, se analizó la relación existente entre el *autoconcepto de los menores* y su integración en la familia de acogida. Para ello, se formaron dos grupos: un grupo de autoconcepto positivo, constituido por 32 menores con puntuaciones por encima del percentil 60 ($\overline{X}$ y SD en autoconcepto 145,37 y 15,1, respectivamente), y un grupo de autoconcepto negativo constituido por 40 menores con valores por debajo del percentil 40 ($\overline{X}$ y SD en autoconcepto 132,55 y 14,23 respectivamente). Los contrastes t de diferencias de medias resultaron estadísticamente significativos con relación a las tres dimensiones del instrumento [dimensión 1: $t(70) = -2,10$, $p< 0,05$; dimensión 2: $t(70) = -2,52$, $p< 0,01$; dimensión 3: $t(70) = -3,17$, $p< 0,05$]. Así, los menores con un autoconcepto positivo obtuvieron puntuaciones medias totales en las dimensiones que configuran el IMFA [dimensión 1:$\overline{X}$ = 65,06, SD = 8,50; dimensión 2: $\overline{X}$ = 55,41, SD = 5,22; dimensión 3: $\overline{X}$ = 24,91, SD = 3,77], muy superiores a las de los menores con un autoconcepto negativo [dimensión 1:$\overline{X}$ = 59,07, SD = 8,36; dimensión 2: $\overline{X}$ = 51,63, SD = 7,08; dimensión 3: $\overline{X}$ = 21,77, SD = 4,44].

3. *Variables relacionadas con el tipo de acogimiento:* Dentro de este tercer grupo se han analizado dos variables: el parentesco entre el menor acogido y la familia acogedora, y las visitas existentes entre el menor y su familia biológica.

Respecto a la primera de estas variables, el *parentesco entre el menor acogido y la familia acogedora*, se establecieron dos niveles: menores acogidos por familias ajenas (sin vínculos familiares con el menor) (n=52), y menores acogidos por sus familias extensas (con una vinculación familiar con el menor) (n= 38). Los análisis realizados revelan la existencia de una diferencia estadísticamente significativa entre ambos grupos con relación a la segunda dimensión del IMFA ($t(88)= 2,28$, $p<0.05$), indicando que los menores acogidos por familias ajenas, desarrollan más sentimientos de vinculación afectiva con sus familias acogedoras que los acogidos por sus propias familias extensas. Así, dichos menores obtienen puntuaciones medias en esta dimensión ($\overline{X}$ = 53,72, SD = 5,37) significativamente superiores a las obtenidas por los menores acogidos en familias extensas ($\overline{X}$ = 49,57, SD = 8,15).

Con relación a las *visitas existentes entre el menor acogido y su familia biológica*, se encontraron diferencias estadísticamente significativas atendiendo a la frecuencia de tales visitas. Así, se agrupó a los menores de la muestra en tres grupos con diferentes regímenes de visitas: frecuentes (entre 2 y 8 veces al mes, n = 44); poco frecuentes (entre 1 vez al mes y 1 vez cada dos meses, n = 38) y prácticamente inexistentes (a solicitud de la familia biológica, n = 8). El análisis realizado mediante el test de Kruskal-Wallis, puso de manifiesto la existencia de diferencias estadísticamente significativas entre los promedios de los rangos de las puntuaciones presentadas por los menores pertenecientes a los distintos grupos en la primera ($\chi^2(2) = 11,66$, $p< 0,5$) y tercera ($\chi^2(2) = 8,86$, $p<0,01$) dimensión del IMFA. Los análisis post-hoc, realizados mediante el test de Tukey-Kramer, permitieron concluir que los menores

que recibían pocas visitas por parte de su familia biológica sentían que su familia acogedora aceptaba en mayor medida la relación que ellos mantenían con su familia biológica y percibían que las relaciones existentes entre sus familias, acogedora y biológica, eran más positivas que los menores que eran visitados con más frecuencia por sus padres biológicos ($p<0,05$ en ambas dimensiones). Sin embargo, en contra de lo esperado, los/as niños/as que no mantenían prácticamente ningún contacto con su familia biológica mostraron peores puntuaciones en las dos dimensiones citadas que los niños que recibían pocas visitas ($p<005$ en ambas dimensiones).

DISCUSIÓN

Los resultados obtenidos en el presente estudio refuerzan la idea, anteriormente señalada, de que la integración de los menores en las familias de acogida depende de numerosos factores de distinta naturaleza y pertenecientes a diferentes sistemas en interacción.

Respecto a los factores relacionados con la estructura de la familia acogedora y su actitud hacia el acogimiento, los datos del presente estudio parecen indicar una mejor integración de los menores en familias acogedoras sin hijos o con un sólo hijo propio, con acogedores de edad inferior a los 50 años, que acuden al acogimiento porque desean realizar un acto de solidaridad, y que aceptan la relación y vinculación del menor con su propia familia. Además, parece que los menores acogidos por familias monoparentales desarrollan una identidad más firme de pertenencia a dichas familias. Estos resultados se pueden explicar atendiendo a diversas razones.

Por un lado, las familias con uno o ningún hijo propio, a priori, dispondrían de más tiempo para atender la gran demanda de atención y cuidados que pueden requerir estos menores. Asimismo, no tendrían que afrontar la dificultad que supone adaptar el funcionamiento familiar a menores con diferentes edades y necesidades, y se reduciría o eliminaría la posibilidad de que aparecieran reacciones celotípicas en los/as hijos/as de las familias acogedoras, lo que supone un importante factor de riesgo para la continuación de cualquier acogimiento familiar (Minty, 1999). Por otro lado, desde la perspectiva del menor acogido, el hecho de que haya un solo menor o de que no haya ningún menor en la familia de acogida puede favorecer su integración en la misma, ya que cuantos menos niños/as tenga la familia de acogida, menor es el riesgo de que el menor acogido entre en competición o rivalidad con alguno de ellos, reduciéndose, además, la posibilidad de que se establezcan alianzas entre los hermanos biológicos que excluyan al menor acogido y le impidan integrarse adecuadamente en su nueva familia. Además, estos menores pueden sentir que, con su presencia, aportan una parte fundamental para la creación de ese sistema familiar, esto es, el subsistema filial.

El dato relativo al mayor desarrollo de los sentimientos de vinculación afectiva con la familia acogedora entre los menores acogidos por familias monoparentales debería ser objeto de un análisis más profundo. No obstante, este resultado puede estar indicando la necesidad de incluir diferentes tipologías de familias acogedoras en las campañas de selección-captación de las mismas, y que quizá el estado civil no debería ser considerado tan relevante como otras variables, tales como la motivación, el tipo de apoyos con los que cuenten dichas familias acogedoras, etc.

Por otro lado, la mayor idoneidad de una motivación de tipo solidario en las familias que desean acoger a un menor,

concuerda con lo señalado por otros autores. Así, Cautley (1980) observaba que las razones altruistas eran indicadores de mayores éxitos que las de tipo más cercano a necesidades de la familia oferente.

La mejor percepción acerca de las relaciones existentes entre la familia biológica y acogedora, detectada en los menores acogidos por personas más jóvenes (menos de 50 años), podría estar relacionada con la existencia o ausencia de parentesco entre los menores y las familias de acogida. Teniendo en cuenta que, en la presente muestra, los acogedores de mayor edad son, en general, abuelos/as de los menores, cabría suponer que en estos acogimientos existe un mayor grado de conflicto entre las familias biológicas y acogedoras, y que dicho conflicto es percibido por los menores, repercutiendo en una peor integración por parte de éstos en las familias acogedoras. Esta hipótesis se refuerza si tenemos en cuenta que, según los resultados de este estudio, aunque en contra de lo señalado por otros autores (Jones, 1999; Altshuler, 1999), los menores acogidos en familia ajena están mejor integrados que los acogidos en familia extensa. Partiendo de nuestra experiencia clínica, consideramos que este resultado puede atribuirse a que, si bien los acogimientos en familia extensa reúnen una serie de factores protectores (menor desarraigo del niño con respecto a su entorno, mayor estabilidad, percepción de normalización y sentido de pertenencia), también presentan factores de riesgo evidentes (falta de formación y/o preparación, contribución familiar a la patología o problemática de los padres/madres de los menores, dificultades para establecer límites adecuados con los padres/madres de los menores que permitan proteger a los mismos, alianzas encubiertas con el padre y/o madre del menor, mayor resistencia al seguimiento...). Además, a diferencia de los acogimientos en familia ajena que se llevan a cabo en otros estados tales como, por ejemplo, Inglaterra o Estados Unidos, cuyo carácter ha sido, tradicionalmente, temporal, el 82% de los acogimientos de nuestra muestra son permanentes o pre-adoptivos, lo que ha podido favorecer que los niños acogidos en familia ajena presenten un mejor nivel de integración que el observado en los niños pertenecientes a muestras utilizadas en otros estudios de ámbito internacional.

Para finalizar con los factores asociados a la familia acogedora, se observa una relación muy intensa entre la actitud de la familia acogedora hacia la familia biológica y la integración del menor. Así, si el menor percibe que la familia acogedora respeta y acepta a su familia biológica, es más fácil que se integre en la misma sin sentir que por ello "traiciona" a su familia de origen.

Con relación a las características del menor acogido, se confirma la importancia de su edad en el momento en el que se formaliza el acogimiento, en concordancia con lo señalado por numerosos autores (Walsh y Walsh, 1990; Minty 1999; Ferrá et al. 1995). Cuanto más joven es el menor, menos conciencia tiene de las dificultades que pueden existir en la relación entre sus respectivas familias, biológica y acogedora, y por tanto, más fácil resulta su integración en la familia de acogida. Siguiendo a Festinger (1990), cuanta más edad tiene un menor en el momento de ser acogido, más fuertes son los lazos psicológicos que le unen a su familia de origen, por lo que su integración en otro contexto familiar le generará un mayor conflicto de lealtades. Otros autores como Whiting (1998) han destacado el hecho de que los/as niños/as de menor edad presentan un funcionamiento más adaptativo y mejores habilidades de comunicación que los/as de mayor edad. Atendiendo a los resultados de nuestro estudio, se

establece un punto de corte crítico en los siete años. Se confirma igualmente, que aquellos que logran establecer un vínculo de apego seguro con los acogedores desarrollan mayores sentimientos de pertenencia, seguridad e identidad familiar que quienes no consiguen establecer dicho vínculo, aspecto éste que también ha sido destacado por otros autores, asociándolo a una mayor probabilidad de mantenimiento del acogimiento a lo largo del tiempo (Stone y Stone, 1983). También se deduce de los resultados del presente estudio, la importancia que tiene a este respecto la figura de la acogedora y no tanto la del acogedor, en cuyo caso las diferencias no alcanzan significación estadística. Ello podría ser un reflejo de la actitud, todavía vigente aunque en descenso, del rol más periférico de los hombres en la crianza de los/as hijos/as.

En este grupo de factores también son importantes los resultados relativos al autoconcepto de los menores, los cuales avalan de forma consistente la relevancia de poseer una imagen positiva de sí mismos para poder integrarse adecuadamente en una familia de acogida. Ello va en consonancia con estudios anteriores que han enfatizado la importancia de la representación de uno mismo y la autoestima que de ella se deriva para el bienestar psicológico y la adaptación a la realidad (Díaz Aguado, Segura y Royo García, 1996).

Finalmente, respecto a los factores relacionados con el tipo de acogimiento formalizado en cada caso, ya se ha comentado la asociación detectada entre la existencia de parentesco entre la familia acogedora y el menor y su integración en la familia de acogida. Con relación a la frecuencia de visitas, la situación más favorable parece ser aquella en la que el menor mantiene contacto regular, pero dejando transcurrir un determinado intervalo temporal, con su propia familia natural. La explicación de este hecho podría radicar en que las visitas alteran el funcionamiento habitual de los menores y les enfrentan a una realidad difícil de asumir (Simms y Bolden, 1991). Una elevada frecuencia de contactos podría dificultar que el menor lograra una estabilidad en la familia de acogida; por el contrario, la ausencia de contactos podría desatar, tanto mecanismos de defensa de idealización de la propia familia natural, como preocupación por la situación de esas figuras ausentes lo que, en definitiva, haría que al menor le resultara más difícil afrontar su situación.

Atendiendo a los resultados de este estudio, consideramos que cabe proporcionar una serie de pautas para maximizar las posibilidades de éxito del acogimiento familiar. En primer lugar, las campañas de captación y selección de potenciales familias acogedoras deberían prestar especial atención a la motivación de las familias que desean acoger a un menor, priorizando la de tipo altruista y solidario. En segundo lugar, antes de asignar un menor a una familia, se debería realizar una evaluación precisa del impacto que puede tener ese acogimiento en los otros menores de la familia así como del alcance del conflicto existente entre las familias acogedoras y biológicas en el caso de que exista una relación de parentesco entre ambas, desestimando su idoneidad cuando dicho conflicto sea muy intenso. De forma más general, debería considerarse seriamente la posibilidad de descartar a potenciales familias acogedoras que muestran dificultades para asumir y respetar la importancia de la familia biológica para el menor susceptible de ser acogido. En tercer lugar, por lo que respecta a los menores, cuanto más jóvenes sean al inicio del acogimiento, más fácil resultará su integración en la familia de acogida. Este dato, ya recogido por otros autores, resulta especialmente importante para los profesionales e Institucio-

nes competentes en materia de protección infantil, y pone de relieve la necesidad de agilizar los procesos de toma de decisión cuando dicha decisión afecta a menores de edad inferior a los siete años. En cuarto lugar, con relación a las estrategias de intervención que se activan con los acogimientos familiares a través de programas especializados, el presente estudio pone de manifiesto la importancia de trabajar específicamente en la promoción de vínculos de apego seguros entre el menor y la familia de acogida y en el desarrollo de una imagen más positiva de sí mismos en todos los menores en régimen de acogimiento. Finalmente, con relación a las visitas existentes entre los menores y sus familias mientras dure el acogimiento, los resultados obtenidos avalan la importancia de mantener un contacto permanente pero no demasiado frecuente, como ya han señalado anteriormente otros autores (Simms y Bolden, 1991).

Para finalizar es preciso aludir a una de las principales limitaciones de este trabajo, a saber, la referida a las dificultades prácticas que se han tenido que afrontar para acceder a la información de los menores en régimen de acogimiento familiar. Ello ha imposibilitado trabajar con una muestra representativa de los sujetos que se encuentran bajo esta medida de protección en la Comunidad Autónoma de País Vasco. A pesar de dicha limitación, consideramos que los resultados del presente estudio pueden contribuir a mejorar el conocimiento de la realidad del acogimiento familiar en nuestro contexto, así como favorecer el desarrollo de estrategias que permitan formalizar acogimientos familiares con mayores garantías de éxito para todas las partes implicadas.

BIBLIOGRAFÍA

Altshuler, S.J. (1999). Children in Kinship Foster Care Speak Out: "We think We're doing fine". *Child and Adolescent Social Work Journal, 16*(3), 215-235.

Altshuler, S. J. y Gleeson, J. P. (1999). Completing the evaluation triangle for the next century: Mesasuring child "well-being" in family foster care. *Child Welfare, 78*(19), 125-147.

Balluerka, N., Gorostiaga, A., Herce C., y Rivero, A.M. (2002). Elaboración y validación de un Inventario para medir el nivel de Integración del Menor Acogido en su Familia Acogedora. *Psicothema*, 14(3), 564-571.

Beatty, S.G. (1996). Levels of emotional adjustment in children in foster care. *Dissertation Abstracts International Section B: The Sciencies and Engineering, 57*(1-B): 0689.

Cautley, P. (1980). *New Foster Parents: the first experience*, New York: Human Services.

Bueler, C., Orme, J.G., Post, J., y Patterson, D.A. (2000). The long-term correlates of family foster care. *Children and Youth Services Review, 22*(8), 595-625.

Cook-Fong, S. (2000). The adult well-being of individuals reared in family foster care placement. *Child and Youth Care Forum, 29* (1), 7-25.

Diaz-Aguado, M.J. y Martinez, R.(1995*). Niños con dificultades socioemocionales. Instrumentos de evaluación. La evaluación de la adaptación socioemocional a través del autoinforme.* Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

Díaz-Aguado, M.J., Segura, Mª.P. y Royo García, P. (1996*). El desarrollo socioemocional de los niños maltratados.* Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

Doelling, J.L. y Johnson, J.H. (1989). Foster placement Evaluation Scale: Preliminary Findings. *Social Casework: The Journal of Contemporary Social Work (February 1989)*, 96-100.

Dore, M. M. , y Eisner, E. (1993). Child-related dimensions of placement stability in treatment foster care. *Child and Adolescent Social Work Journal, 10* (4), 301-317.

Dumaret, A.y Coppel-Batsch, M. (1997). Evolution a l´age adulte d´enfants places en families d´accuell. *Psychiatrie de l´Enfant, 39* (2), 613-671.

Festinger, T. (1990). Adoption Disruption: Rates and Correlates. En Brodzinsky, D.M. & Schechter, M.D. (Eds.). *The Psychology of Adoption.* Oxford University Press. New York, Oxford.

Fanshel, D., y Shinn, E. (1978). *Children in Foster Care: A longitudinal Study.* New York: Columbia University Press.

Ferrá, P., Carballo, S., Guerra, S., Panades, C., Rosello, V., y Vaño, X. (1995). La crisis en la familia adoptiva, análisis de la práctica clínica de orientación sistémica. Clínica y Salud, 6(1), 7- 24.

Flynn, S. M. (1995). Psychological adjustment and family experiences of children in foster care placed with or apart from siblings. *Dissertation Abstracts International Section B: The Sciencies and Engineering, 55*(7-B): 3012.

George, V. (1970). *Foster Care: Theory and Practice.* London: Rutledge and Keagan Paul.

Green, R. , Braley, D., y Kisor, A. (1996). Matching adolescents with foster mothers and fathers: An evaluation of the role of temperament. *Journal of Child and Family Studies, 5*(3), 267-283.

Gries, L., Goh, D., Andrews, M.B., Gilbert, J., Praver, F., Stelzer, D.N. (2000). Positive reaction to disclosure and recovery from child sexual abuse. *Journal of Child Sexual Abuse, 9*(1), 29-51.

Griffin, D.W. y Bartholomew, K. (1994). The metaphsysics of measurement: The case of adult attachment. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Attachment processes in adulthood. Advances in personal relationships, . 5* (pp.17-52). Bristol. PA, US: Jessica Kingsley Publishers, Ltd.

Iglehart, A. P. (1994). Kinship foster care: Placement, service, and outcome issues. *Children and Youth Services Review, 16*(1-2), 107-122.

Jones, J. K. (1999). Functioning and adjustment of children in kinship care versus nonrelative foster family care placements. *Dissertation Abstracts International Section B: The Sciencies and Engineeering, 59*(9-B): 5089.

López, F., Cantero, M.J., y Lázaro S. (1997). *Escala de apego.* Escala en proceso de baremación.

McAuley, C. (2000). Children´s adjustment over time in foster care: Cross-informant agreement, stability and placement disruption. *British Journal of Social Work, 30*(1), 91-107.

McQuaid, E. L. (1995). Foster parent-child relationships. *Dissertation Abstracts International Section B: The Sciencies and Engineeering, 55*(7-B): 3019.

Minty, B. (1999). Annotation: Outcomes in Long-term Foster Family Care. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 40*(7), 991-999.

Palmer, S. (1998). The role of risk for insecure early attachment in explaining the behavioral adjustmet of foster children. *Dissertation Abstracts International Section B: The Sciencies and Engineeering, 58*(8-B).

Rzepnicki, T. (1987). Recidivism of Foster Children Returned to their Own Homes: A Review and New Directions for Research. *Social Service Review (March* 1987), 56-70.

Simms, M.D., y Bolden, B.J. (1991). The Family Reunification Project: Facilitating Regular Contact Among Foster Children, Biological Families and Foster Families. *Child Welfare, 70*(6), 679-690.

Stone, N.M., y Stone, S.F. (1983). *Social Casework: The Journal of Contemporary Social Work, (January),* 11-17.

Walsh, J.A., y Walsh, R.A. (1990). *Quality Care for Tough Kids. Studies of the Maintenance of Subsidized Foster Placements in the Casey Family Program.* Child Welfare League of America: Washington, D.C.

Webster, D., Barth, R.P., y Needell, B. (2000). *Placement Stability for Children in Out-of-Home Care: A Longitudinal Study. Child Welfare 79*(5), 614-631.

Whiting, K. (1998). The relationship between maltreatment and foster care children´s adaptative behavior. *Dissertation Abstracts International Section B: The Sciencies and Engineeering, vol 59*(3-B).